

ESTUDIOS TEOLOGICOS Y FILOSOFICOS

Casaulán 230

y otros

AÑO I - TOMO I - N°. 3

BUENOS AIRES

1959

Los judíos en el misterio de la historia y de la escatología

EL pueblo judío acompaña a la humanidad en todo el proceso histórico. Ha habido pueblos que se han singularizado en un lugar del mundo, o que si han sido singulares en todo el Universo, lo han sido por breve tiempo. Así los grandes imperios de la antigüedad y aún los modernos como los de España, Francia e Inglaterra. El pueblo judío, en cambio, está activo en todo el proceso de la historia y en lo más vivo del proceso. Esto nos corresponde aclarar haciendo previamente una consideración de tipo teológico sobre la marcha de la historia.

Las dos historias en una única historia.

La trama histórica es un tejido complejo y heterogéneo de diversas acciones que cumplen distintos protagonistas por motivos muy diferentes. El hombre ocupa el lugar central de esta trama. Si no hubiera habido humanidad, es decir un ser sensible e inteligente, no habría habido historia. Al menos historia como la nuestra de acontecimientos de seres inteligentes, cuyas acciones se desarrollan en un proceso evolutivo. El hombre, de múltiples dimensiones, toca a lo más alto y a lo más bajo de la creación de modo que su actuación compromete a todo el universo. Pero por encima del hombre hay un protagonista particularmente singular que asume la iniciativa de todo lo bueno que se encuentra en esta trama. Si siempre es verdad la enseñanza del Apóstol (*Sant. 1, 17*) de que “todo don y toda dádiva perfecta viene de arriba”, lo es singularmente en la historia. Porque la historia es una trama de hechos singularísimos e imprevisibles que sólo puede escribir quien domine todo el curso de los acontecimientos. Si, de ser posible, fueran las criaturas quienes como autores principales la escribieran, se haría tan confuso y enredado el trazado que se tornaría imposible la mera marcha del proceso histórico.

La historia comienza con la creación. Y en la creación es

Dios quien toma la iniciativa. “En el principio creó Dios el cielo y la Tierra” (*Gén.* 1, 1). Y Dios continúa actuando en la humanidad para dispensar lo bueno que hizo en el comienzo. “Y vió Dios ser bueno cuanto había hecho” (*Gén.* 1, 31). Las intervenciones divinas se hacen cada vez más urgentes e indispensables a medida que el hombre desordena con su actuación el plan que Dios ha impuesto a las cosas. Y siempre es admirable Dios en dar orientación y sentido a las acciones disparatadas de los hombres. El Apóstol no sale de su admiración precisamente al contemplar la sabiduría divina que ha trazado al proceso histórico inescrutable sentido. “¡Oh profundidad —exclama, *Rom.* 11, 33— de la riqueza, de la ciencia y de la sabiduría de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!”.

Si Dios tiene la iniciativa en el bien, la criatura la tiene en el mal. Y en el caso de la historia, es el hombre quien, bajo la sugestión del demonio, asume la responsabilidad de lo malo. El Génesis nos refiere cómo cumple esta tarea la primera pareja humana.

En la historia hay entonces protagonistas visibles e invisibles. Allí actúan los individuos, los pueblos, las civilizaciones y las religiones. Detrás de todos los hechos históricos está, en definitiva, el hombre con todas sus inacabables virtualidades. También actúan otras fuerzas de la naturaleza, incluídas las influencias de los astros. Pero actúan también los ángeles, los demonios y, por encima de todo, con inefable transcendencia, Dios.

Si miramos la cosa desde el punto de vista puramente humano, pensaríamos descubrir dos historias. Una que escribe Dios con su intervención especial en las cosas humanas, la otra que escribe el hombre. Una historia diríamos santa, y una profana. La historia santa constituída por las intervenciones divinas en las cosas humanas en la tarea especial de cumplir el plan que ha trazado el divino designio. Hay, entonces, una acción misteriosa del mismo Dios, que se inicia en la creación, continúa en la preparación del Mesías, culmina con la redención de Cristo resucitado y se ha de cerrar con la muerte del último elegido. Esta acción divina continúa dispensando las gracias a los elegidos y acomodando el curso de los acontecimientos humanos a esa dispensación de gracias. Y Cristo, la gracia máxima, es el centro de esta dispensación. Cristo en el misterio de su resurrección, victorioso del pecado y de la muerte. Unas gracias y unas intervenciones preparan el cumplimiento de este hecho central, otras le cumplen y realizan en el tiempo, otras, en fin, le entregan, “traditio”, a las sucesivas generaciones humanas, “para la edificación del Cuerpo de Cristo hasta

que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo" (Ef. 4, 12). La Historia Santa es, en definitiva, la historia de Cristo y de la Iglesia, su Cuerpo Místico.

Hay otra historia, una historia profana, que escribe el hombre marcando su huella en todos los rincones de la tierra. Esta es la historia de las diversas civilizaciones que se suceden en el predominio de los acontecimientos humanos. Aunque parece aquí prevalecer la voluntad del hombre, adviértese sin embargo una dosis grande de necesidad, de fatalidad, "fatum", por donde se vislumbra cómo la acción providencial divina condiciona y cómo dirige la marcha de los acontecimientos humanos hacia fines, cuyo conocimiento se reserva.

Es que, en realidad, no hay sino una única historia, la que escribe Dios con el concurso de todas las criaturas. Esta historia es un drama grandioso, con su principio, con su nudo y trama y con su desenlace. La Augusta Trinidad inicia el desarrollo escénico con la obra de la creación. La criatura inteligente, creada gratuitamente por Dios, desordena con su pecado el primitivo plan divino, sembrando desorden donde Dios puso orden. Dios aprovecha la culpa y el desorden del hombre para la realización de un plan más admirable de reparación, donde resplandezca su justicia y su divina misericordia. Cristo resucitado es la pieza maestra de este plan. Y con Cristo, sus elegidos. Cuando el Cuerpo de Cristo logre su plenitud, la historia habrá terminado.

Es que la historia, la que realizan los hombres, la profana, la que está constituída por la trama de las pasiones humanas en un afán por apoderarse de la tierra, no es más que un soporte secundario en el que Dios escribe su gran historia, la única historia. Porque Dios, que habita en la plenitud de la eternidad, sin sentir ninguna especie de necesidad, por un acto libérrimo de su bondad, que ha querido comunicarse misteriosamente a las criaturas, en grado más y más perfecto, ha cumplido en el tiempo, en actos irreversibles y singulares —hapax— un como acrecentamiento de la inefable vida trinitaria. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, introduce al hombre y con él a toda la creación en el seno mismo de Dios. Toda la historia, con sus ruidosos acontecimientos se ordena a que Cristo con los elegidos entre en el seno de la misma deidad.

Por esto, las Escrituras han dicho dos palabras que son la clave de la historia. Escribe San Pablo en la Primera de los Corintios (3, 20): "El Señor conoce cuán vanos son los planes de los sabios. Nadie pues se gloríe en los hombres, que todo esto es

vuestro; ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas: ya el mundo, ya la vida, ya la muerte; ya lo presente, ya lo venidero; todo es vuestro; y vosotros de Cristo y Cristo de Dios". Dice el Apóstol aquí que no debe uno gloriarse en aquello que es inferior a uno sino en lo que es superior porque como enseña el Salmo 8: "Todo lo pusisteis bajo sus pies". Ahora están debajo de cada fiel en primer lugar, los ministros de Cristo, sea Pablo que plantó, sea Apolo que regó, sea Pedro que tiene el gobierno universal de las ovejas de Cristo, según aquello de la 2 *Cor.*, 4, 5, "Nosotros en cambio vuestros siervos por Jesucristo". Quiere decir, que el orden religioso y en consecuencia buena parte de la Historia Santa está al servicio de los predestinados. En segundo lugar, "el mundo" también está debajo de cada fiel y le sirve en cuanto satisface sus necesidades o le ayuda al conocimiento divino, según aquello "*Sab.* 13, 5), "Por la hermosura y grandeza de la criatura". En tercer lugar, "ya la vida, ya la muerte", es decir todos los bienes y todos los males de este mundo ya que por los bienes se conserva la vida y por los males se llega a la muerte. En cuarto lugar, "ya lo presente, ya lo venidero", porque con aquello nos ayudamos a merecer, y ésto se nos reserva para el premio según aquello, "No tenemos aquí ciudad permanente", (*Hebreos*, 13, 14).

De este modo hay tres ordenamientos de la historia. El primero, es el de las cosas de Cristo a los fieles. "Todo es vuestro". El segundo, el de los fieles de Cristo a Cristo. "Vosotros sois de Cristo". El tercero, el de Cristo, en cuanto hombre a Dios. "Y Cristo es de Dios". En estos tres ordenamientos está encerrado todo el drama de la historia, de la única historia, en la cual, el conjunto de las criaturas se mueve para ejecutar y cumplir el plan divino. Por ello es tan profunda la enseñanza de Santo Tomás, quien ha visto que la historia constituída por el movimiento de los hombres y de las criaturas no tiene como no lo tiene ningún movimiento un fin en sí mismo sino fuera de sí. Por el movimiento, dice *De Pot.* 3, 10 ad 4 y 4, con el cual Dios mueve las criaturas, se busca y se intenta otra cosa que está fuera del movimiento mismo, a saber completar el número de elegidos, el cual una vez obtenido, cesará el movimiento aunque no la substancia del movimiento.

Quedaría por explicar cómo se verifica que los acontecimientos humanos que al parecer se mueven casi exclusivamente por los designios de los hombres en oposición a los designios divinos, pueden en definitiva ordenarse al cumplimiento exactísimo de los divinos designios; San Pablo, haciéndose eco de unas palabras de *Job*, 5, nos da la explicación de este modo misterioso: "Pues escrito está, dice, Dios caza a los sabios en su astucia". Y Santo

Tomás comenta: Caza Dios a los sabios en su astucia porque por esto mismo que maquinan astutamente contra Dios, pone Dios obstáculo a sus designios y cumplen lo que se propone, así como por la malicia de los hermanos de José que querían impedir su principado se cumplió por la divina ordenación que José, vendido a Egipto, alcanzara el poder. (In *I Cor.*, 3, 19).

De los movimientos que mueven la historia profana

El que Dios oriente todos los acontecimientos de la humanidad según un modo especialísimo y misterioso para la edificación del cuerpo de Cristo, no impide, sino al contrario exige, que todos los acontecimientos se desenvuelvan también por causas propias puramente humanas. De este modo, la historia profana —lo que San Agustín llama ciudad terrena— tiene su sustancia y su ritmo propios, diferentes sino divergentes de los de la ciudad de Dios. Los Libros Santos refieren ya que Caín, después que tuvo a su hijo Enoc, “púsose a edificar una ciudad, a la que dió el nombre de su hijo Enoc”; cuenta también que de los descendientes de Caín, Tubalcaín —el primer metalúrgico—, fué forjador de instrumentos cortantes de hierro y de bronce. Después del diluvio nos muestran a los hombres concentrando sus esfuerzos en una tarea exclusivamente civilizadora, en la edificación de la ciudad de Babel, hasta que el Señor, con la confusión de las lenguas, los dispersó por el haz de la tierra.

Los Libros Santos no se ocupan ya en adelante de la historia profana sino que, con el relato de Abrahán, entran en la historia Santa propiamente tal y de ella se ocupan casi exclusivamente hasta el Apocalipsis. Pareciera que Dios abandonara la ciudad de los hombres a sus propios designios. La ciudad de los hombres nada tiene que ver con la de Dios al menos directamente. Su vida se desenvuelve en un movimiento y en una dialéctica propias. Hasta pudiera pensarse algo más, y es que la estructura y la dinámica de las civilizaciones y de la vida profana de los hombres caen bajo el dominio del “Príncipe de este mundo”. No porque sean en sí malas sino porque éste adquirió sobre ellas posesión, al ceder el hombre a su sugestión. Ciertamente que Cristo trabó combate contra el diablo en las tres tentaciones y le venció definitivamente en la cruz, pero sobre otro terreno y con otras armas. Sobre el terreno de la historia santa y con armas específicamente santas.

De aquí que la historia profana se mueva bajo el alto domi-

nio del príncipe de este mundo. San Juan parece indicar las grandes leyes de la dialéctica de las civilizaciones. Dialéctica de la voluntad de poder por la dominación de unos pueblos sobre otros pueblos —orgullo de la vida—; dialéctica del enriquecimiento sin límites con la miseria y sujeción correlativa de los más débiles, —concupiscencia de los ojos—; dialéctica de los celos y rivalidades sexuales, —concupiscencia de la carne—. Por esto San Juan contrapone la Historia Santa a la historia profana. “Sabemos que somos de Dios, mientras que el mundo está todo bajo el maligno”. (1 *Carta*, 2, 16).

San Pablo muestra asimismo la contraposición de la dialéctica del mundo, en la que hay rivalidad de judío y de griego, —luchas por la dominación política—; de amo y de esclavo, —luchas de dominación económica—; de varón y de hembra, —lucha por las satisfacciones carnales—; a la ciudad de Dios, en que “todos sois uno en Cristo Jesús”.

Las grandes pasiones de los hombres que estudian, analizan y combaten los Libros Santos son el motor del movimiento histórico de las civilizaciones. El cosmos corre hacia una unificación universal, bajo el férreo poderío del más fuerte. Toynbee ha visto bien cómo la civilización declina en una humanidad que progresa en la carrera por conseguir armas cada vez más poderosas. Un imperio sucede a otro imperio, una civilización a otra civilización. Pero si la voluntad del más fuerte tiene fuerza de ley, la substancia profana de la historia es amasada en la injusticia y camina a la degradación y, por aquí, a la barbarie. Por esto, cuando una civilización se ha fortalecido devorando a la anterior que había entrado en decadencia, emerge por un momento en explosión de pujanza pero luego declina de inmediato para entrar en estado crónico de barbarie o en la muerte. Si atendemos a la substancia misma de que están formadas, esta es la ley que rige a las civilizaciones. Ley del nacimiento y de la muerte, propia de todos los cuerpos naturales. En este plano de la substancia profana de la historia, la tesis de Spengler parece definitiva.

Pero el grave error de Spengler es creer que la historia profana de los pueblos debe ser la única historia. Será quizás la única que pueden escribir los hombres. Pero no es la única que rige el desenvolvimiento de los hombres. En esta misma historia que escriben los hombres, urgidos por la dialéctica de la triple concupiscencia, Dios escribe otra historia, la verdadera historia, la historia definitiva.

Pero si es cierto que el orden profano de la historia no

ayuda directamente a la historia verdadera que escribe Dios en la edificación del Cuerpo de su Unigénito, es cierto que de manera indirecta pero efectiva, también le sirve. Porque es en el mundo donde se edifica esta historia verdadera, aunque no se edifique ni con el mundo ni del mundo. La Historia Santa está insertada en la profana y mezclada en ella. La buena semilla es sembrada en el campo de la historia profana.

Ello determina que la historia profana cumpla una serie de servicios en favor de la historia de las almas, cuya naturaleza y medida sólo Dios conoce. San Pablo fijó también esta ley: "Sabemos, enseña, que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son escogidos". De aquí se sigue, que "lo que acaece en los escogidos, que son las partes más nobles del universo no se hace en beneficio de otros sino de ellos mismos. No así lo que acaece en los hombres que han de ser reprobados ni en todos los seres inferiores de la creación, pues éstos se ordenan para el bien de los escogidos. Y así como el médico provoca una herida en el pie para curar la cabeza, así Dios permite el pecado y el mal en unos seres para el bien de los escogidos. Para que se cumpla la palabra de la Escritura: el necio servirá al sabio, esto es, los pecadores a los justos". (Santo Tomás, in *Rom.* 8, 28).

Por aquí aparece cómo la historia profana está sostenida por la Historia Santa. Y si es cierto que la obra de Dios en los suyos no se cumple sino en el ancho y turbulento campo del mundo, sujeto a su vez a la dialéctica de la triple concupiscencia, y si esto crea una interdependencia entre las dos historias, no se sigue que la historia profana arrastre hacia sí a la Historia Santa, sino, por el contrario, que es ella la arrastrada y atraída por ésta. Pues los Santos juzgarán al mundo y lo vencerán.

Los judíos en el misterio de la historia

La historia en todos sus movimientos religiosos y profanos se mueve al servicio del Cuerpo Místico de Cristo. A través de la historia se está completando el Cuerpo del Señor. Y el trabajo de incorporación de nuevos miembros al Cuerpo de Cristo se cumple por la fe. "Sin la fe es imposible agradar al Señor" (*Heb.*, 11, 6). Pero, ¿cómo invocarán a Aquél en quien no han creído? Y, ¿cómo pueden creer sin haber oído de Él? Y, ¿cómo pueden oír si nadie les predica? Y, ¿cómo predicarán si no son enviados? (*Rom.*, 10, 14). De aquí que estén estrechamente unidos la

historia, el Cuerpo Místico de Cristo, la fe, la predicación del Evangelio y la misión de los evangelizadores. La historia no tiene otra razón de ser que explayar el tiempo que se necesita para que los pueblos abracen la fe cristiana. Y este tiempo a su vez, está condicionado por la fuerza y el ímpetu con que se haga oír la predicación por los pueblos de la tierra. Y, a su vez, este ímpetu de la predicación depende de la fuerza con que arraigue la fe en los pueblos para que se susciten misioneros que difundan el mensaje evangélico. La Iglesia está en estado de misión desde el día en que Cristo la ha privado de su presencia visible. Y los pueblos cristianos, que han recibido el mensaje evangélico tienen que constituirse en portadores de este divino Mensaje a otros pueblos. La predicación del Evangelio justifica así la pervivencia de la historia. Cuando el Evangelio haya llegado a todos los pueblos, la historia debe cesar. "Será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo para todas las naciones y entonces vendrá el fin". (Mt., 24, 14).

La vida de las naciones, por tanto, en la presente economía tiene su razón de ser en la predicación del Evangelio. Pero, a su vez, la predicación del Evangelio está trabada y como frenada por una tensión fundamental que proviene del odio del judío contra la evangelización de los gentiles. Los judíos como categoría histórica permanente desempeñan este papel de ser los enemigos del Evangelio que se oponen a que los gentiles se conviertan. Esta ley —ley histórica— la enuncia San Pablo en una serie de textos, cuya fuerza es necesario destacar. El más significado es de 1 Tes., 2, 15. Allí dice: "Los judíos, aquellos que dieron muerte al Señor Jesús y a los profetas, y a nosotros nos persiguen, que no agradan a Dios y están contra todos los hombres; que impiden que se hable a los gentiles y se procure la salvación. Mas la ira viene sobre ellos y está por descargar hasta el colmo". Difícilmente se podrá resumir en menos palabras la culpa y el alcance de la misma que pesa sobre el pueblo judío. Se oponen a la predicación evangélica, al dar muerte a Jesús, autor principal de la misma, y a los profetas que la prepararon; y persiguiendo a los apóstoles que la difunden. No agradan a Dios, aunque piensan lo contrario. Están contra todos los hombres. San Pablo enuncia aquí la ley explicativa de la *enemistad permanente* como categoría histórica del pueblo judío contra todas las naciones. Y aclara de qué manera se oponen a todos los pueblos, es a saber, impidiendo su evangelización y salvación.

Esta ley de persecución de la Sinagoga contra la Iglesia la

expone también San Pablo en *Gál.*, 4, 28, donde dice: "Y vosotros, hermanos, sois hijos de la promesa, a la manera de Isaac. Mas así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el Espíritu, así también ahora". Ismael, hijo de Abrahan por la esclava Agar perseguía a Isaac, hijo de Abrahan por Sara. Así la Sinagoga persigue a la Iglesia. De modo *permanente y fundamental* como una categoría histórica. Y como la Iglesia está en estado de misión, llevando el Evangelio a todos los pueblos, a través de la historia, la Sinagoga traba esta tarea y plan de evangelización.

Por ello, la Iglesia, con gran sabiduría y adoctrinada por el Apóstol sobre las intervenciones de la Sinagoga, cuando tuvo fuerza en lo temporal se opuso a la entrada de los judíos en los pueblos cristianos. Sabía que era un pueblo peligroso, que acechaba la perdición de los cristianos. Pueblo sagrado, sin duda, no había que perseguirlo y debía ser tratado con respeto, como correspondía a la grandeza de sus padres. Pero pueblo enemigo, del que era necesario precaverse y defenderse. La disciplina del ghetto se acomodaba a su triste condición.

Los judíos, desde el ghetto, aunque impotentes para asestar golpes mortales contra la cristiandad, maquinaban de mil diversas maneras para perder a los pueblos cristianos. Disponían de dos armas poderosas: un conocimiento dialéctico de la palabra de Dios que le daba la ciencia rabínica y con el que podían forjar toda clase de herejías y el poder del oro con qué corromper las costumbres, sobre todo de los poderosos. Hicieron algún mal, pero, desde fuera, sin llegar a apoderarse del control de las sociedades cristianas.

Pero cuando el fervor cristiano se enfrió y los pueblos se paganizaron, la sociedad otrora cristiana abrió sus puertas a los judíos. La Revolución Francesa, que señala la muerte de la sociedad cristiana, introduce en su seno a los judíos. Desde allí dentro y alcanzando cada vez más poderío los judíos logran corromper cada vez también más profundamente a los pueblos cristianos. Con el liberalismo, el socialismo y el comunismo disuelven todas las instituciones naturales y sobrenaturales que había consolidado el cristianismo. La estructura de las naciones cristianas se rompe. Los pueblos ya no se proponen objetivos misionales ni empresas políticas. Se transforman en conglomerados de individuos movidos por el bienestar puramente económico, el cual, a su vez, no puede alcanzar sino en dependencia y al servicio de los judíos que se convierten en amos de la riqueza mundial.

La tensión judío-gentil que ha establecido Dios en el seno

de las naciones se acrecienta a medida que estos se alejan de Jesucristo. Y con razón. Porque esta tensión sólo puede desaparecer en el cristianismo. San Pablo lo enseña categóricamente: "En Cristo no hay judío ni gentil" (*Gál.*, 3, 28). Por tanto, si las naciones no quieren caer bajo la dominación del judío, tienen que someterse al yugo suave de la ley de Cristo. Si, en cambio, rechazan el reinado público de Jesucristo, habrán de caer necesariamente bajo la dominación judaica. La ley de la tensión dialéctica de judío y gentil opera necesariamente con rigor teológico. Y la Europa otrora cristiana, que debió ser portaestandarte del Evangelio a todos los pueblos del Universo, ahora judaizada, lleva la explotación y la ruina a los pueblos paganos, creando allí obstáculos insuperables a la predicación del Evangelio.

*El misterio de la tensión de judíos y gentiles
en relación con la historia*

Esta ley de tensión dialéctica entre judíos y gentiles que San Pablo enuncia en 1 *Tes.*, 2, 15 y que rige la evangelización de los pueblos tiene que fundarse en alguna disposición misteriosa de la Providencia en la presente economía. San Pablo así lo enseña en los capítulos nueve, diez y once de la Carta de los Romanos. Puntualizaremos sus enseñanzas para mayor claridad.

1) *Existe una superioridad y preeminencia del judío sobre el gentil.* Como es sabido, la elección divina en favor de este minúsculo pueblo llena páginas maravillosas del Antiguo Testamento. El Apóstol no deja de recordárselo a los orgullosos romanos.

"Tribulación y angustia sobre todo el que hace el mal, primero sobre el judío, luego sobre el gentil; pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien, primero para el judío, luego para el gentil" (*Rom.*, 2, 9).

Si es cierto que tanto judíos como gentiles son pecadores inexcusables (*Rom.*, 2, 1), sin embargo los judíos tienen una superioridad que San Pablo reconoce abiertamente: "¿En qué pues aventaja el judío o qué aprovecha la circuncisión?". Y contesta: "Mucho, en todos los aspectos. Porque primeramente le ha sido confiada la palabra de Dios" (*Rom.* 3, 1).

Pero podrá argüir alguno, los judíos han sido infieles y se han hecho indignos de las divinas promesas. Contesta el Apóstol: "¡Pues qué! Si algunos han sido incrédulos, ¿acaso va a anular su incredulidad la fidelidad de Dios?" y en *Rom.*, 11, 28 añade:

“Por lo que toca al Evangelio, son enemigos para vuestro bien, mas según la elección, son amados a causa de los padres. Que los dones y la vocación de Dios son irrevocables”.

2) *Pero la superioridad que Dios ha adjudicado al judío, le viene de la fe y no de la carne.*

La tentación permanente del pueblo judío ha consistido en creer que su grandeza le venía puramente por su linaje carnal y no por la fe. Es claro que su linaje carnal era grande, por cuanto debía ser el vehículo que nos trajera al Salvador. Pero era grande por el Salvador y porque Dios en sus designios había elegido su linaje y no otro para traernos al Salvador. La grandeza venía del Salvador al linaje y no como pensaban los judíos del linaje al Salvador. San Pablo señala fuertemente esta verdad en *Gál.*, 3, 6, haciendo ver que la grandeza de Abrahan no consistió en su carne, que por ella fué padre de Ismael de la esclava Agar, sin que ello le trajera ninguna gloria; su grandeza consistió en la fe, “en que creyó”, creyó que Sara, su mujer anciana ya, le daría a Isaac, hijo de la Promesa, y tanto creyó Abrahan que no dudó en obedecer al mandato divino y sacrificar a su Unigénito. La fe salva. La ley y la carne pierden porque son una maldición. Y “Cristo nos redimió de la maldición de la ley haciéndose por nosotros maldición”, pues escrito está: “Maldito todo el que está colgado del madero” para que la bendición de Abrahan se extienda sobre las gentes en Jesucristo y por la fe recibamos la promesa del Espíritu”.

3) *La tensión judíos-gentiles con la superioridad del judío sobre el gentil termina dentro del cristianismo.*

Esta categoría histórica que significa la tensión dialéctica de judíos-gentiles que ha de regir toda la historia en la teología de San Pablo termina en el Cristianismo.

Cuando judíos y gentiles entran en la Iglesia, hacen profesión de Cristo, en el cual termina toda división. Así lo enseña el Apóstol en los *Gál.*, 3, 26. “Todos pues sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra porque todos sois uno en Cristo Jesús”.

El Cristianismo no se realiza de una vez sino que se cumple progresivamente en el proceso histórico. Las tensiones, y en especial la de judío y gentil han de existir para que se cumpla el proceso de evangelización de los pueblos. Por ello el judío se

hace presente en todos los pueblos a la par de los misioneros. Si en cierto modo su presencia confirma el mensaje evangélico como cumplimiento de las profecías, de otro modo, él es el contradictor auténtico de Cristo y del Cristianismo, "que impide que se hable a los gentiles y se procure su salvación" (1 Tes., 2, 16).

Pero una vez convertidos, tanto el judío como el gentil, nada tienen que temer a los judíos. No porque éstos no acechen sino porque sus acechanzas son vanas para el que está unido a Jesucristo.

4) *Hay, pues, un gran misterio con respecto a los judíos, y es que parte de ese pueblo ha sido reprobado para que pudieran ser salvados los pueblos gentiles.*

El apóstol nos enseña que parte de Israel ha sido reprobada. En Rom., 9, 30 enseña abiertamente: "Pues, ¿qué diremos? Que los gentiles, que no perseguían la justicia, alcanzaron la justicia, es decir la justicia por la fe, mientras Israel, siguiendo la ley de la justicia, no alcanzó la Ley. ¿Y por qué? Porque no fué por el camino de la fe, sino por el de las obras. Tropezaron con la piedra del escándalo, según está escrito: He aquí que pongo en Sion una piedra de tropiezo, una piedra de escándalo y el que creyere en Él no será confundido.

Se cumplió la palabra de Isaías (28, 16): "Por eso dice el Señor Yavé: Yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, piedra angular, de precio, sólidamente asentada". Contra esta piedra tropezó y cayó parte del pueblo judío. "Dióle Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy". (Rom., 11, 8). Y añade el Apóstol: "Y David dice: Vuélvase su mesa un lazo, y una trampa, y un tropiezo, en su justa paga; oscurezcanse sus ojos para que no vean y doblegue siempre su cerviz". (Rom., 11, 9).

Pero la reprobación no ha sido total sino sólo en parte, y Dios se ha reservado un resto de Israel. Así lo enseña claramente el Apóstol: "Según esto, pregunto yo: ¿Pero es que Dios ha rechazado a su pueblo? No es cierto... ¿o es que no sabéis lo que en Elías, dice la Escritura, cómo ante Dios acusa a Israel? "Señor, han dado muerte a tus profetas, han arrasado tus altares, he quedado yo solo y aún atentado contra mi vida". Pero, ¿qué le contesta el oráculo divino? "Me he reservado siete mil varones que no han doblado la rodilla ante Balaam. Pues así también en el presente tiempo ha quedado un resto, en virtud de una elección graciosa". (Rom., 11, 1-5).

Fué reprobada parte de Israel para que la misericordia

alcanzase a los pueblos gentiles. Aquí está precisamente el misterio en que Dios, compadecido de los pueblos y resueltos a salvarlos, permite la perdición de parte de Israel y en su substitución dispone la inserción de los pueblos gentiles en la gran Oliva de la Iglesia. “Pero pregunto: dice el Apóstol (*Rom.* 11, 11). ¿Han tropezado de suerte que del todo cayesen? No, ciertamente. Pues gracias a su transgresión obtuvieron la salud de los gentiles para excitarlos a emulación”.

Los gentiles han de tener buen cuidado de no enorgullecerse, pensando que la caída de parte de los judíos se ha efectuado en mérito a ellos; antes bien, han de temer ante el insondable misterio de la misericordia y de la justicia divinas. Y a propósito, dice el Apóstol: “Y si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo acebuche, fuiste injertado en ella y hecho partícipe de la raíz, es decir, de la pingüosidad del olivo, no te engrías contra las ramas. Y si te engrías, ten en cuenta que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pero dirás: las ramas fueron desgajadas para que yo fuera insertado. Bien, por su incredulidad fueron desgajadas, y tú por la fe estás en pie. No te engrías, antes teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará”.

5) *La reprobación de parte de Israel es permitida hasta que la plenitud de las naciones entre en la Iglesia.*

San Pablo enseña abiertamente que: “el endurecimiento vino a una parte de Israel hasta que entrase la plenitud de las naciones y entonces todo Israel será salvo” (*Rom.*, 11, 25).

6) *Mientras parte de Israel sea reprobada y los gentiles convertidos se ha de suscitar una envidia de los judíos contra los gentiles convertidos.*

San Pablo enuncia esto en diversos pasajes. Así en *Rom.*, 10, 19 hace suyas las palabras de Moisés: “Yo os provocaré a celos de uno que no es mi pueblo, os provocaré a cólera por un pueblo insensato”. Y en la misma carta, 11, 14. “por ver si despierto la emulación de los de mi linaje y salvo a algunos de ellos”. Santo Tomás en su comentario de este pasaje advierte que los judíos sentían envidia e ira contra los gentiles convertidos, esto es, ira que provenía de la envidia. Se dice, añade, que Dios los induce a envidia y los mueve a ira, no en cuanto causa en ellos la malicia sino en cuanto les sustrae sus gracias, o más bien convirtiendo a los gentiles, de donde los judíos toman ocasión de ira y de envidia.

Esta ira y envidia de que habla aquí el Apóstol es la que provoca las persecuciones contra la Iglesia y los cristianos de que habla el Apóstol en 1 Tes., 2, 15 y Gál., 4, 28, cuyos textos hemos reproducido. Adviértase bien que esta enemistad no constituye propiamente tensión, por cuanto esta noción supone reciprocidad de acciones y aunque la Iglesia es odiada por la Sinagoga, no odia a ésta, sino que se limita a precaverse contra las asechanzas y ataques.

Estas asechanzas y ataques de la Sinagoga contra la Iglesia y los cristianos se cumplen sobre todo en el plano público de las naciones y son factores eficaces del movimiento de la historia, como lo llevamos dicho.

7) *En el correr de la historia, a pesar de la reprobación de parte de Israel, algunos judíos serán salvos.*

San Pablo enseña, Rom, 11, 14 que, por honor de su ministerio y despertando la emulación de sus hermanos los judíos, salvará a algunos. No parece anunciar esto como una exclusividad de su apostolado personal sino como una *constante* de toda la historia cristiana.

8) *Pero también Israel se convertirá.*

Así lo anuncia clara y gloriosamente el Apóstol: los judíos se convertirán. “Y si su caída es la riqueza del mundo y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más lo será su plenitud!” (Rom. 11, 12). Y más adelante: “Porque si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será la reintegración sino una resurrección de entre los muertos?” (Rom., 11, 15).

San Pablo tiene buen cuidado de advertir que la caída de Israel se ha hecho provisoria y únicamente en favor de los gentiles. “Porque no quiero, dice, hermanos, que ignoréis ese misterio para que no presumáis de vosotros mismos; que el endurecimiento vino a una parte de Israel hasta que entrase la plenitud de las naciones”. Y como si no fuera suficiente añade el Apóstol: “y entonces: todo Israel será salvo, según está escrito: Vendrá a Sión el Libertador para alejar de Jacob las impiedades. Y ésta será mi alianza con ellos, cuando borre sus pecados”. (Rom., 11, 25-27).

No podría San Pablo señalar con más fuerza la conversión de los judíos y ello como un derecho, es decir, como queriendo significar que si su caída se había efectuado para hacer un favor a los gentiles, no bien cumplido dicho favor, debían los judíos ser reintegrados. San Pablo no oculta el orgullo de su

raza, que fué elegida por Dios. "Que yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín (*Rom.*, 11, 1).

La conversión de los judíos había sido asimismo claramente anunciada en los Profetas del Antiguo Testamento. Los salmos 147 y 126 la celebran con aire triunfal. Isaías (59, 20), Jeremías (31, 10 y sig.), Ezequiel (37, 1 y sig.), Oseas (3, 1 y sig.), Malaquías (3, 23) no dejan de cantarle con júbilo. Y el Nuevo Testamento lo anuncia aunque con aire dramático. "¡Jerusalem, Jerusalem que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! Cuántas veces quise reunir a tus hijos a la manera que la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas y no quisiste! Vuestra casa quedará desierta porque en verdad os digo que no me veréis hasta que oigáis: Bendito el que viene en nombre del Señor" (*Mt.*, 23, 37-39, *Lc.*, 13, 34). El acento de esta predicción no se pone en la conversión sino en el castigo de que será objeto el pueblo judío por su incredulidad. La conversión está anunciada de modo indirecto, en cuanto se dice en ella que los judíos saludarían a Jesús con el "Bendito el que viene en nombre del Señor".

También Lucas, 21, 24 anuncia la conversión de Israel: "Caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos entre todas las naciones, y Jerusalem será hollada por todos los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones".

San Pablo en la 2 Carta a los Corintios, 3, 15, también revela la vuelta de los judíos al Señor: "Hasta el día de hoy, siempre que leen a Moisés, el velo persiste tendido sobre sus corazones; mas cuando se vuelvan al Señor, el velo será corrido".

9) *Los judíos se convertirán al filo de la historia.*

La conversión de los judíos está claramente anunciada en las Escrituras, pero lo que es problemático es el tiempo en que se ha de cumplir. Hasta aquí la opinión corriente de los exégetas y en especial de Santo Tomás era que la conversión iba a poner término al desarrollo de la historia y, en consecuencia, sería al final de la historia. Pero recientemente autores como Charles Journet (en *Destinées d'Israel*, Egloff, París, 1945, pág. 339 y siguientes) han defendido que el retorno de Israel se producirá en la trama misma de la historia. Que lejos de poner punto final al desarrollo histórico sería un hecho de tal magnitud que daría como fruto "una gran epifanía de catolicidad" la que se desarrollaría por varios siglos. Que el final de la historia vendrá después de la conversión de los judíos y de la gran epifanía de catolicidad que ella suscitaría, cuando se levantarían las grandes

persecuciones bajo la acción del misterio de iniquidad que anuncia San Pablo en 2 Tes., 2, 7.

Journet quiere fundar su opinión en las palabras del Apóstol: "Porque si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos?". El Apóstol, arguye Journet, no dice la resurrección de los muertos, sino *una* resurrección. Quiere decir, en consecuencia, que el retorno de Israel provocará en la Iglesia una tal recrudescencia del amor que podrá compararse a un retorno de los muertos a la vida. El mundo, prosigue, después de la conversión de los judíos participará, de una manera más plena y manifiesta, de la resurrección primera de los mil años, de que habla el Apocalipsis 20, 4-6, es decir, de la vida de la gracia, tal como ha sido derramada con profusión por Cristo durante toda la era de la aparición milenaria o mesiánica, la cual comienza con los días de la encarnación y dura hasta el tiempo de su segunda parusía al fin de los siglos. (*Ibid*, 341 y E. B. Allo, O. P., *L'Apocalypse de Saint Jean*, p. CXXXI).

Pero a esto es fácil contestar. Ciertamente que del texto en cuestión se sigue que la conversión de los judíos debe traer al mundo y a los gentiles un bien mucho mayor que el que trajo su caída. Pero, ¿cuál ha sido el fruto de la caída de los judíos? Nada menos que la Redención misma llamada por Pablo "riqueza del mundo", "riqueza de los gentiles", "reconciliación del mundo". ¿Y qué otro acontecimiento esencial puede ser comparable a éste, aun más superarlo en riqueza, sino la parusía misma? Al menos, cierto es que un mayor grado de efusión de la gracia no puede compararse como cosa igual o mayor que la efusión substancial de gracia que se opera en la Redención.

Pero habría una razón más fundamental, que explica por qué los antiguos exégetas han ligado, a despecho de "una resurrección de entre los muertos", la conversión de Israel a la resurrección final. Y esta razón era su concepción de la historia que les hacía percibir que la oposición de judíos y gentiles era una categoría histórica que iluminaba todo el misterio de Cristo y de su redención del Universo, de modo que cuando terminaba dicha oposición terminaba también la historia. En consecuencia, como la conversión de Israel ponía fin a la tensión de judíos y gentiles ponía fin también a la historia. (Ver Gastón Fessard, "Théologie et Histoire" en Dieu Vivant, N. 8).

La conversión de los judíos es un hecho metahistórico, propiamente escatológico, porque ha de poner fin a un factor que hace marchar la historia cual es la tensión de judíos y gentiles.

Es claro, por otra parte, que no puede hablarse de un hecho totalmente *fuera* de la historia, como si se realizase por encima del tiempo y de la historia. “Mientras hay tiempo, hagamos bien a todos. (Gál., 6, 10) y sólo el tiempo histórico es tiempo de hacer bien y salvarse. Luego la conversión de los judíos debe realizarse dentro de la historia y al final de ella. Digamos, al filo de la historia.

10) *La historia marcha hacia la escatología, en que habrá un solo pueblo de judíos y gentiles.*

La historia se mueve agitada desde adentro por la división de judíos y gentiles, de amo y libre, de hombre y mujer. Luchas religiosas, políticas, económicas y sociales mueven unos pueblos contra otros en un afán de predominio. El papel que le cabe a la tensión judío-gentil en esta marcha de la historia es primordial. Y ello, no como simple hecho, sino como ley que ha sido puesta por Dios en la razón de ser de la historia misma que es la predicación del Evangelio. San Pablo nos ha revelado este misterio. Pero San Pablo nos revela también que la historia marcha a la perfecta unidad de Cristo, donde no hay judío ni gentil.

En su magnífica Carta a los Efesios (2, 11) recuerda primeramente a los gentiles la triste condición en que estuvieron en un tiempo. “Estuvisteis, les dice, entonces sin Cristo, alejados de la Sociedad de Israel, extraños a la Alianza de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”. El estado de la gentilidad no puede ser más desgraciado.

Pero, “los que en un tiempo estábais lejos habéis sido acercados por la sangre de Cristo. Los pueblos gentiles han entrado en la Iglesia y han escuchado la palabra de salud. Y la Iglesia es la verdadera sociedad de Israel. Y Cristo “es nuestra paz que hizo de los dos pueblos uno, derrumbando el muro de separación... y estableciendo la paz, y reconciliando a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la cruz, dando muerte en sí mismo a la enemistad”.

En Cristo pues, se ha hecho la paz entre los dos pueblos. Porque viniendo “Él nos anunció la paz a los de lejos y la paz a los de cerca, pues por Él tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu”.

En Cristo Jesús, entonces, ni judíos ni gentiles, “sois extranjeros y huéspedes, si no conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los profetas. Y de esta edificación Cristo es la piedra angular.

(Ef., 2, 19). Y durante todo el proceso histórico se cumple la edificación de la Iglesia, tomando las piedras de todos los pueblos, de judíos y gentiles, de acuerdo al insondable plan divino. Y allí, en la Iglesia que es Cristo prolongado, termina toda división de tal suerte que cuando esté la Iglesia totalmente edificada acaba también la historia.

Los judíos en el misterio de la escatología

Para tener una idea cabal del pueblo judío y de su enorme significación en el plan de redención y santificación del mundo, hay que tener presente también su papel en la metahistoria o escatología, es decir, en aquellos acontecimientos postreros que, ya fuera de la historia, están como gravitando sobre toda ella y atrayéndola hacia sí. Estos acontecimientos comienzan:

a) Con la plenitud de las naciones que han de ser evangelizadas aún como naciones en sus estructuras culturales que les hacen tales naciones determinadas. Proceso que se ha de ir verificando a través de toda la historia, en gran parte y como efecto principal de la dialéctica entre judíos y gentiles, entre Sinagoga e Iglesia. El momento preciso de la historia que vivimos está caracterizado por la culminación de la lucha de la Sinagoga contra la Iglesia para impedir que el Mensaje cristiano llegue a la plenitud de los pueblos. La Iglesia está a punto de hacer penetrar este Mensaje en los pueblos. Pero la Sinagoga con el liberalismo y el comunismo rechaza fuertemente este mensaje. Sin embargo, la Iglesia, sobre todo en su foco fontal, la Cátedra romana, se está revistiendo de una vitalidad excepcional que, bajo la fortaleza del Espíritu Santo, la hace capaz de deshacer el cúmulo de errores que en los últimos cuatro siglos ha acumulado la Sinagoga en el mundo. Este parece ser el significado de los mensajes marianos al mundo actual anunciando la paz, bajo la cual estaría significada la plenitud de los pueblos en el seno de la Iglesia.

b) Al cumplirse la plenitud de las naciones en el seno de la cristiandad, también irían multiplicándose las conversiones de los judíos, cada vez más valiosas en número y calidad, por efecto de la emulación de que habla el Apóstol. Pero tanto la plenitud de los gentiles en el seno de la Iglesia como las conversiones de los judíos provocaría un mayor resentimiento contra la Iglesia en el núcleo central del judaísmo que, a medida que

se haga más pequeño se tornaría también más fanático, hasta lograr éxito en su tarea de corromper y someter al mundo de la gentilidad. Así se prepararía y cumpliría la apostasía universal de que nos habla San Pablo 2 *Tes.*, 2, 3, cuando dice: “que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía, y ha de manifestarse el hombre de iniquidad, el hijo de la perdición”, y San Lucas (18, 8) donde el Señor pregunta: “Pero; cuando venga el hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra? y San Mateo (24, 12) donde el Señor dice: “Y por exceso de maldad se enfriará la caridad de muchos”. También 1 *Tim.*, 4, 1.

c) La apostasía universal formará un solo hecho histórico con el advenimiento del Anticristo como se desprende del pasaje de la 2 *Tes.*, 2, 3 de San Pablo. El Anticristo será reconocido como el Mesías de los judíos y amo de los gentiles. De esta suerte, la apostasía universal de los pueblos gentiles y la dominación judaica sobre todos los pueblos constituirán también un solo hecho histórico. El advenimiento del Anticristo será en la operación de Satanás, esto es, por la sugestión. Será soltado Satanás de su cárcel, saldrá y seducirá a las naciones. (*Apoc.*, 20, 7).

d) A la plenitud de las naciones que podrá ser, en absoluto, contemporánea con la apostasía universal y con el advenimiento del Anticristo sucederá la conversión de los judíos que se efectuará principalmente por la predicación de Elías y Enoc según aquello de Malaquías, 4, 5, “Ved que yo mandaré a Elías, el profeta, antes que venga el día de Yavé, grande y terrible. El convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres, no venga yo a dar la tierra toda al anatema”.

e) Con la apostasía universal y la revelación del Anticristo se producirá la gran tribulación que anuncia Jesús en el Evangelio. (*Mt.*, 24, 21; *Mc.*, 13, 21; *Lc.*, 21, 25).

f) “Luego, enseguida, después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el Sol y la Luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo y las columnas del cielo se conmoverán. Entonces aparecerá el estandarte del hijo del hombre en el cielo y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande” (*Mt.*, 24, 29; *Mc.*, 13, 26; *Lc.*, 24, 27).

g) “Y enviará sus ángeles con poderosas trompetas y reunirán a los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (*Mt.*, 24, 31; *Mc.*, 13, 27).

h) “Cuando el hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con Él, se sentará sobre su trono de gloria y se reuni-

rán en su presencia todas las gentes y separará a unos y otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos y pondrá a las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda" (*Mt.*, 25, 31).

i) Pero cuando venga el día del Señor pasarán con estrépito los cielos, y los elementos, abrasados, se disolverán, y asimismo la tierra como las obras que en ella hay (*2 Pedro*, 3, 10).

j) Pero nosotros esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva. (*2 Pedro*, 3, 13). Pues Dios va a crear otro cielo nuevo y tierra nueva (*Is.*, 65, 17), según la visión del Apocalipsis (21, 1): "Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar no existía ya".

k) Y se hará un gran banquete "para que comáis y bebáis en mi reino y os sentéis sobre tronos como jueces de las doce tribus de Israel". (*Lc.*, 22, 30).

Así como el pueblo de Israel desempeña una misión primordial en el tiempo histórico, así también la ha de desempeñar en los acontecimientos escatológicos. No es posible olvidar que toda la obra de Cristo se reduce a la fundación y predicación de su reino mesiánico; reino universal en el tiempo y en el espacio; reino histórico y escatológico; reino espiritual e interno, pero también temporal y externo. Y en este reino mesiánico el pueblo de Israel, aún en su realidad carnal e histórica, cumple misión de primera importancia. Sólo a Abrahán, en efecto, de cuyos lomos fué sacado este pueblo, le anuncian por vez primera las grandes promesas que fundan este reino mesiánico. "En ti y en tu descendencia serán benditos todos los pueblos de la tierra". Y sólo en Abrahán comienza este reino a tener realización efectiva.

Los patriarcas de la Antigua Alianza, de cuya serie es Abrahán el primero, serán así la raíz de este reino mesiánico que ha de perpetuarse en toda la historia y luego también en la eternidad. Y con los patriarcas también los profetas y los Apóstoles constituirán las primicias y la raíz del pingüe Olivo que es la Iglesia. (*Rom.*, 11, 16-17).

Del pueblo de Israel es la adopción y la gloria, y las alianzas, y la legislación y el culto y las promesas; cuyos son los patriarcas y de quienes según la carne proviene Cristo, que está por encima de todas las cosas. (*Rom.*, 9, 4-5). Israel tiene en consecuencia una triple grandeza. La primera, la del nombre, pues: "No te llamarás en adelante Jacob sino Israel, pues has luchado con Dios y con los hombres y has vencido". (*Gén.*, 32, 39). La segunda, por los grandes beneficios que ha recibido de Dios. La tercera, pues de Israel trae su origen carnal Jesucristo. Por ello y en Cristo, "la salud viene de los judíos" (*Juan*, 4, 22).

Pero Israel es grande aún en las ramas que han sido desgajadas de este Olivo para ser injertado el acebuche de la gentilidad porque también ellas han de cumplir una misión en el plan divino, cual es la de acelerar la evangelización del mundo y con ello el progreso de la historia.

Pero al fin, cuando hayan entrado las naciones en el reino mesiánico, este pueblo con su nueva inserción en el Olivo del que fuera en parte desgajado, señala el momento preciso del comienzo de los grandes acontecimientos escatológicos que preparan la parusía del Hijo del Hombre.

Y ya en la consumación misma de la escatología, cuando se celebre el banquete final y eterno de la divina contemplación, convidados del Oriente y del Occidente “vendrán y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (*Mt.*, 8, 11).

JULIO MEINVIELLE.